RAMÓN ZORRILLA

Valores y antivalores en México *

Situación del problema.

No es fácil hacer una proyección de lo que al finalizar la década de los ochenta será valioso o rechazable para los mexicanos.

Es imposible llegar a ella sin una previa reflexión de lo que hasta ahora ha sido valioso o "disvalioso" (para usar el término axiológico).

Esa reflexión por otra parte, sólo puede hacerse *in oblicuo* acudiendo a textos y documentos que, sin hacer referencia directa ni explícita a los valores de la sociedad mexicana, los deja ver bajo otros enfoques relativos a lo que en distintos momentos de su historia la sociedad mexicana ha encontrado como cualidades deseables — ("virtudes" en la antigua terminología) — y a lo que ha encontrado en esos mismos tiempos como rechazable.

En realidad, la filosofía de los valores tiene apenas un siglo.¹ Como a uno de sus antecedentes — cuyo pensamiento no constituye de ninguna manera un sistema — se señala a Federico Nietzsche, quien se preocupa por el conjunto de valores que una generación puede o no heredar a la que le sigue. Max Scheler y Nicolai Hartmann son quienes presentan más que otros — y ya en este siglo — sistemas axiológicos elaborados.

En la Filosofía tradicional la problemática de lo valioso está indisolublemente ligada a problemas ontológicos. Se considera al bien, (*bonum*), a la belleza (*pulchrum*) y la verdad (*verum*) como virtudes trascendentales del ser.

* Texto incluido en la serie "Estudios Sociales" de Banamex bajo el título, *México en la década de los ochenta*.

¹ El término valor, curiosamente, lo toma la Filosofía de los economistas del siglo XVIII.

Es en relación a este contexto originario como a nuestro juicio se ha planteado durante mucho tiempo lo deseable (polaridad positiva) y lo rechazable o execrable (polaridad negativa) del mexicano. Esto no quiere decir que el señalamiento de virtudes o de vicios nacionales se nos haya presentado a través de tratados de metafísica.

Las fuentes

Para el investigador de lo mexicano existe una amplia documentación escrita que va desde la tradición oral precortesiana que recoge Fray Bernardino de Sahagún hasta los ensayos contemporáneos de Octavio Paz, Oscar Lewis o Ricardo Pozas.

La información documental al respecto es variada en sus orígenes y en sus métodos de acercamiento. Podrían distinguirse en una ya amplia bibliografía:

- A) *Obras históricas* que nos presentan la visión del hombre y del mundo en un momento dado de esa sociedad.
- B) *Obras estrictamente literarias*, en las que a través de la poesía, el cuento, el teatro y la novela, se proyecta esa visión en una u otra forma.
- C) *Obras de enfoque psicoanalítico*, en las que un profesional en ejercicio y con deseos de expresarse socialmente, aplica, al conjunto de la sociedad en que vive, su experiencia de largos años de consulta a través de técnicas y categorías freudianas, frommianas o existenciales.
- D) *Obras estrictamente filosóficas*. (El problema valorativo pertenece a la filosofía.) Se distinguen fundamentalmente por el enfoque más general y por el uso de categorías y métodos característicos del filósofo.

Raíces precortesianas

Un texto náhuatl tomado de los informantes de Sahagún describe el ideal — esto es, el arquetipo — del hombre maduro (*omacic oquichtli*) en estos términos:

El hombre maduro:
un corazón firme como la piedra,
un rostro sabio,
dueño de una cara, un corazón,
hábil y comprensivo.²

"Corazón" era un concepto amplio en la literatura mexicana precortesiana, significaba todo aquello interior del hombre, en un sentido espiritual; "cara o rostro", era lo externo del hombre, su ser ante los otros, su posición en la sociedad, etc. El ideal de los maestros — los tlamatinime — era que en el hombre coincidiesen "rostro y corazón". Había malos maestros, "nahuales", cuya nefasta tarea consistía en hacer que "rostro" y "corazón" girasen en direcciones opuestas, lo que hacía a los hombres infelices. (No deja de asombrar cierta antología en referencia a concepciones helénicas como *eudomonía* (del demonio armónico) que es la felicidad, frente a *cacodaemon* (el demonio malo que enloquece o hace infeliz).

Esto parece reunir mucho el sentir, expresado principalmente a través de poemas,³ de la vanidad de la vida sobre la tierra. De ahí muchos hablan de un fatalismo absoluto de las concepciones mexicas. Otros, como León Portilla, sostienen que no lo era tanto y que jugaba en ellos un papel importante el libre albedrío.

El antecedente hispánico

Algunos de los textos fatalistas podrían sentirse extrañamente emparentados con sus contemporáneos europeos:

Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando...⁴

² Miguel León Portilla, *La filosofía náhuatl*, México, 1959.

³ *Ibid.*

⁴ Jorge Manrique, *Cancionero*, Ediciones Clásicas Castellanas, Madrid, 1928.

Esa es la visión de Jorge Manrique. Pero — cien años después — el mundo hispánico del Siglo de Oro, que influirá ciertamente en la conformación del alma mexicana, posee una rica mezcla de proyectos vitales, de sueños y realidades, valores, antivalores y contravalores. Se entremezclan la mística y la picaresca, el ideal caballeresco (aquel español que según Quevedo no quería ya más vida donde podía encontrar honrada muerte) y la desmedida codicia (las sátiras al oro y al dinero en el Arcipreste, y después en Góngora y el mismo Quevedo).

Lo novohispano

La Conquista y la Evangelización son dos caras inseparables en el choque cultural del XVI. Para el indígena se derrumba su mundo, su gobierno, su sistema mercantil, su religión, en fin — se dice — la totalidad de sus valores establecidos.

¿Realmente la totalidad? Mucho está por estudiarse y discutirse hasta qué puntos los valores indígenas, como lo es esa búsqueda de coincidencia de corazón y rostro, pueden haber subsistido; así también, el fatalismo pudo haber sido bautizado, como ciertamente lo fueron la idea de trascendencia y el considerar secundarios los bienes materiales — despreciables muchas veces —. La Evangelización es primordialmente franciscana, y la modalidad de un cristianismo pasado por Asís, que predica desasimiento de las cosas terrenas, que santifica la pobreza y la mansedumbre, fue algo más que un paño de lágrimas para la parte mexicana indígena y, sobre todo, para el recién nacido mestizo (ese "hijo de la chingada" del que hace la exégesis Octavio Paz).⁵

Junto al indígena y el mestizo nacía el criollo — en él irían jugándose otros valores — más de formación jesuita que franciscana. Un tipo del criollo del XVI puede serlo el Felipe de Jesús de la leyenda dorada popular. Se vuelve un arquetipo, es pródigo, desaprensivo, irresponsable y muy remoto del olor de santidad. ("Cuando la higuera seca dé higos — decía la criada negra — Felipillo será un santo.") En un cierto momento de su vida el criollo Felipe toma la decisión de hacerse religioso, por el martirio eventual en el Japón llega al santoral y a la eterna beatitud.

⁵ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, editado por el FCE en múltiples ediciones.

A lo largo de tres siglos funcionarán en la Nueva España tres sistemas de valores que sólo coincidirán territorialmente: el indígena, el mestizo y el criollo.

En el primero de ellos — tan usualmente mal entendido e incluso calumniado por cronistas del tiempo— descubrirá Don Juan Palafox y Mendoza, tal prudencia, finura, buen trato, responsabilidad, sentido de la justicia, generosidad, etc. que le harán escribir el opúsculo *Libro de las virtudes del Indio*.⁶

Como antivalores algunos contemporáneos descubrirán vicio de pereza y otros. Es notable la disculpa recogida por Fr. Diego Durán cuando regañaba a un feligrés indígena que se había gastado en un día el producto de su trabajo de muchos meses: "Es que estamos *nepantla*." La expresión "nepantla" significa en náhuatl "el lugar intermedio" lo que está entre dos pueblos, entre dos ciudades, entre dos cerros, entre dos puntos de referencia cualesquiera. Quedarse nepantla era para el indígena que se disculpaba, el estar entre su perdido mundo y el no haber llegado (¿aún?) al del cristianismo.

La zona intermedia, el mestizo, las castas que se van multiplicando y en la que llega también a mezclar se la sangre negra, serán por mucho tiempo la de los *nepantla* —los que no están en uno ni en otro lugar—. No pertenecen al mundo hispánico donde los criollos todavía durante siglos habrán de considerarse el origen de toda excelencia, ni al indígena que cada vez se irá separando y encerrándose en sí mismo. Será a la larga ese mundo en torno al cual se moldeará México. ¿Su escala de valores? El mexicano buscará seguridad, preferirá el dinero fácil a la posición que da el trabajo constante, (movilidad e inconstancia irán unidas en él, paradójicamente con la búsqueda de lo permanente). Desde los cronistas del siglo XVII hasta la Marquesa Calderón de la Barca, se habla de un conjunto de hombres malvestidos que duermen a la intemperie, carecen de domicilio fijo y viven a la buena de Dios. El mestizo rechaza la adustez y desprecia la vida material del antepasado indígena. Envidiará la vida del criollo y tomará de él los valores exteriores. Unos pocos entre ellos irán, a través del comercio o las artesanías, logrando posiciones hacia fines del siglo XVIII. Una polari-

⁶ El libro de las virtudes del Indio de Don Juan Palafox fue publicado en edición popular por la SEP en 1948.

dad positiva será la amistad, el cuate, el compradre, preferibles incluso a la familia.

La vida del criollo será distinta. Felipe de Jesús podía ser el arquetipo del XVI. Hacia fines del siglo XVIII hay una aristocracia criolla ya de muchas generaciones. Poseen la propiedad territorial, desprecian el comercio y la actividad lucrativa, desprecian también profundamente el trabajo manual. Los mejores han estudiado o en la Universidad o con los jesuitas. Forman el clero culto. Hidalgo sería uno de ellos. De la clase criolla arraigada en el campo, espléndida, derrochadora, afinada en las ciudades, nacerá a fines del XVIII la idea de la nacionalidad mexicana. Son los más cultos — los expulsados jesuitas Clavijero, Alegre, Abad — quienes comienzan a hablar ya de México y no de Nueva España.

Por ese tiempo, Villarreal publica *La enfermedad política de N.E.* con valoraciones muy distintas sobre su población: indios, castas, criollos. Los indígenas llegan ciertamente a alterarlo:

Carácter de los indios difícil de creerse.

El carácter del indio es precisamente el de ser enemigo mortal de las demás castas; es desdioso y nada hace de su propia voluntad, a no ser a fuerza de rigor; es extremadamente malicioso, enemigo de la verdad, desconfiado, amigo de novedades, disturbios y alborotos; nada adicto a la religión católica y demasiado entregado a la superstición, a la idolatría y a otros vicios detestables; inhumanos, vengativos y crueles aun entre sí mismos, y su vida es la de estar sumergidos en los vicios de la ebriedad, del latrocinio, del robo, de los homicidios, estupro, incestos y otras innumerables maldades. Ellos se presentan a los superiores con un aspecto de humildad aparente, con que les engañan y les hacen creer que los alcaldes mayores los vejan y molestan (no se duda que habrá algunos), y como los ministros no tienen el suficiente conocimiento de ellos, en breve consiguen la compasión a que los juzgan acreedores en lugar de corregirles sus vicios y procurar evitar la indecencia, haciendo que cubriesen sus carnes y que no fuesen el espectáculo de la liviandad, de la lujuria, del horror y de la borrachera, en medio de una ciudad tan aplaudida.

La piedad mal entendida y menos premeditada de algunos ministros presta a los indios unos esfuerzos poderosos para mover pleitos ruidosos a los alcaldes mayores, a los curas y a otros vecinos hacendados de los pueblos con que los consumen y aniquilan en los tribunales. Esta propensión de los indios a las disensiones y a los pleitos (rara vez justos), auxiliada del influjo de los curas o sus vicarios para incomodar a los alcaldes mayores (de que son enemigos declarados) es el verdadero origen de los pleitos de capítulos, que se radican injustamente en el juzgado general contra el espíritu de las leyes ya citadas.⁷

La Independencia

Al consumarse la Independencia, el arquetipo o los arquetipos criollos llegan a su mejor tiempo.

Agustín de Iturbide y Lucas Alamán serían dos arquetipos en pugna. Iturbide es el criollo que ha dominado con excelencia una tecnología que los celosos peninsulares obligados por la insurgencia ceden a los criollos: el arte de la guerra. Pero ha dominado también la técnica de la pacificación y también — inicialmente — la política. El pueblo admiró y amó a Iturbide incomparablemente más de lo que pudo hacerlo con otros militares criollos como fueron Anastasio Bustamante y Antonio López de Santa Anna.⁸

Alamán, por el contrario, es el criollo ilustrado que ha estado y ha estudiado en Europa. Reflexiona, ordena; a través de la legislación quiere conformar al país. Su trabajo es de pluma, de libros, de escritorio.

7 Poco se conoce la vida de Hipólito Villarroel. Se supone que nació en el siglo XVII en Nueva España y trabajó con varios virreyes bajo Carlos III y su sucesor. Su Libro: *México por dentro y fuera bajo el gobierno de los Virreyes o Enfermedades que padece la capital de la Nueva España en casi todos los cuerpos que la componen, y remedios que se deben aplicar a su curación*, fue publicado en 1831 por Carlos Ma. Bustamante como suplemento de *La Voz de la Patria*. El texto que transcribimos está tomado de una reimpresión hecha en 1937 por la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos.

8 La simpatía popular a Iturbide era indiscutible. Después de su destierro se da el testimonio indirecto a José Joaquín Fernández de Lizardi, no iturbidista, en sus *Conversaciones del Payo y el Sacristán*. El Payo representa a la población rural mayoritaria y defiende al ex-Emperador frente al Sacristán representante de una minoría urbana semi-instruida.

Uno y otro estilo explicarán buena parte de los conflictos del XIX.

Más de las castas, de los mestizos o de los criollos más nuevos, que de la antigua aristocracia, surgirán los grupos liberales entusiasmados por las ideas de la Ilustración que, gracias a la revolución americana, lograrán imponer en el país un proyecto liberal. Estos grupos disputan el poder a los criollos conservadores — cuyo estilo envidian y a veces admiran — y desprecian al indígena. De Guillermo Prieto es este poema político burlesco que remeda el habla castellana, difícil aún para el indígena.

Contra Juan Nepomuceno Almonte, que acompañó a su padre (Morelos) en la Guerra de Independencia, combatió a los norteamericanos y solicitó la intervención europea para establecer la monarquía; por esto y por ser un indio políglota y elegante.

Amo a quinequi, Juan Pamuceano,
no te lo plantas el Majestá,
que no es el propio manto y corona,
que te lo huarache, que te lo huacal.

El Tata Cura que te lo dio vida,
murió enseñando la libertá,
que era insorgente muy decidida
y que era coco del Majestá.

Corriendo el tiempo, creció el pintoncle,
se puso franque, comió bistec.
Indio ladino vende a to patria
y guri guri con el francés.⁹

En el último tercio del siglo XIX, las virtudes de valentía, eficacia, seriedad, honradez, etc. la mayoría de los mexicanos las ven encarnadas en un héroe mestizo: Porfirio Díaz.

La Revolución

Hasta 1910 las grandes decisiones y acciones se toman en el centro y

⁹ El poema lo recoge Gabriel Zaid en *Omnibus de poesía mexicana*, México, 1971.

el sur del país. Con la Revolución irrumpirán en primer plano los hombres del norte. Su escala de valores es diferente. Se preciarán de francos (esto es, abiertos, extravertidos, de buena fe, sin segundas intenciones), directos y prácticos.

Entre los caudillos norteros, más que Madero, Carranza y Obregón, será Francisco Villa el más parecido a un héroe popular.

¿Qué cualidades o valores creía ver la gente del pueblo en Pancho Villa? Una mezcla de valentía y de astucia, eficacia militar inteligente, audacia, preocupación por los pobres (justicia) ataque a los ricos y poderosos.

Los valores nacionales en la visión de un poeta

Hasta el fin de la segunda década de este siglo, — diez años que habían sido de guerra civil, de caos económico y social — Ramón López Velarde descubre, describe y canta a una nación. Su visión habrá de enmarcar por muchos años el arquetipo mexicano.

La ve íntima y pobre:

... nuestro concepto de la patria es hoy hacia dentro. Las rectificaciones de la experiencia, contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanquis y franceses, y la celebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una patria, no histórica ni política sino íntima.

La hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias, sin tregua...

... La miramos hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra...

... De ella habíamos salido por inconsciencia, en viajes periféricos sin otro sentido, caso, que el dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza...

Hijos pródigos de una patria que ni siquiera sabemos definir, empezamos a observarla. Castellana y morisca, rayada de azte-

ca, una vez que raspamos de su cuerpo las pinturas de olla de silicato, ofrece — digámoslo con una de esas locuciones pícaras de la vida airada — el café con leche de su piel...

... ¿Cómo interpretar, a sangre fría, nuestra urbanidad genuina, melosa, sirviendo de fondo a la violencia, y encima las germinaciones actuales, azarasas al modo de semillas de azotea?...

Es difícil de definir y está en riesgo constante:

... La alquimia del carácter mexicano no reconoce ningún aparato capaz de precisar sus componentes de gracejo y solemnidad, heroísmo y apatía, desenfado y pulcritud, virtudes y vicios, que tiemblan inermes antes la amenaza extranjera, como en los Santos Lugares de la niñez temblábamos al paso del perro del mal.¹⁰

En verso, el poeta zacatecano nos ha hablado de esa *Suave Patria* cuya superficie es el marzo quien el niño Dios escrituró un establo y los veneros de petróleo el diablo. De un mutilado territorio que se viste de percal y de abalorio, que tiene un suelo que suena a plata y en su puño su sonora miseria se vuelve alcancía. Que vale por el río de las virtudes en su mujerío. Que en piso de metal vive al día como la lotería. A la que Felipe de Jesús da un higo frente al hambre y al obús.

A esa patria recomienda "te doy de tu dicha la clave: sé siempre igual, fiel a tu espejo diario".¹¹

Vasconcelismo y guerra cristera

Lo que fueron los años *veinte* para México difícilmente podía haberlo previsto López Velarde. Los *hombres del norte* impusie-

¹⁰Ramón López Velarde.- "Novedad en la Patria", en *El minuterio*, transcrito de Obras completas editadas por la UNAM en 1971.

¹¹Los textos del párrafo están sacados del poema "La suave Patria" de López Velarde, de la edición citada en la nota 10.

ron su jerarquía de valores, o trataron de imponerla. No les fue fácil. Hubo una seria crisis nacional.

José Vasconcelos desde la Secretaría de Educación Pública realiza una obra sin precedente en su intensidad y consecuencias en la historia de México, y hasta 1924 los valores del arte y de la cultura toman fundamental importancia en un México de escasos quince millones de habitantes y un Distrito Federal que no llegaba al millón. Una generación joven y optimista se lanza a la vida pública. Los siete sabios, intelectuales y políticos, comienzan a ocupar cátedras y cargos importantes desde los breves 22 años de edad. En la pintura se van haciendo José Clemente Orozco y Diego Rivera. En música: Revueltas y Chávez. Vasconcelos, doce años después de que la refundara Justo Sierra, da a la Universidad un lema muy poco positivista: "Por mi raza hablará el espíritu".

La crisis nacional surge en el orden religioso. El gobierno de Calles carece de sensibilidad política, y estalla un conflicto con la jerarquía católica de México que desembocará en la *guerra cristera*. Pocos pueblos de la tierra, dice Jean Meyer, han dado un testimonio semejante sobre el valor religioso.¹²

El vasconcelismo y la lucha por la autonomía universitaria hacen más amplia la brecha entre pueblo y gobierno.

Los héroes populares serán los mártires como el Padre Pro — para gran parte del pueblo lo fue también José León Toral — o los oradores estudiantiles que en los mítines de la ciudad desafiaban diariamente al gobierno callista.

Lo mexicano como Problema

A mediados de este siglo y desde varios ángulos, los investigadores comenzaron a preguntarse organizadamente y desde distintas áreas por México y "lo mexicano".

Como precursor de las interrogantes podría señalarse básicamente a Samuel Ramos — por entonces director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM — quien inició la década con la publicación de *El*

¹²Jean Meyer, *La Cristiada*, México, 1975, Ediciones Era.

perfil del hombre y la cultura en México. El texto afoca problemas que serán después lugares comunes. Uno de ellos es el sentimiento de inferioridad del mexicano ("complejo malinche"). Pugna Ramos por una defensa de "lo propio" frente a "lo ajeno" o "extraño", y previene tanto contra "el europeísmo" como contra el nacionalismo excesivo e inculto, como tendencias negativas o improductivas en lo que él señalará tarea primordial de educar, de formar al hombre en México. Descubre por otra parte la permanencia de lo religioso y hace hincapié en el diseño de cada poblado que se construye en torno a la Iglesia, la plaza de armas con su palacio de gobierno y su mercado.¹³

La religiosidad del mexicano no fue básicamente afectada ni por el liberalismo, ni por el positivismo, y sobrevivió al siglo XIX.

Detecta Ramos la presencia creciente —en sustitución del europeo de otro tiempo— del ideal norteamericano de vida: "El trabajo práctico, el dinero, las máquinas, la velocidad, son los objetos que provocan las más grandes pasiones en el hombre nuevo".

La reflexión filosófica acerca de *México y lo mexicano* se acentuará en la década de los cincuenta y, bajo ese rubro, se publicará una colección que llegará a alcanzar un centenar de volúmenes.

Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares entre otros, tratan de aplicar el método fenomenológico para descubrir "esencias" del mexicano y lo mexicano. Lo más saliente es, un ejemplo, la tesis de "el relajo" como "característica" nacional descubierta por Jorge Portilla.

¿Cantinflas arquetipo?

Dentro de la misma colección "México y lo Mexicano", César Garizurieta publica *Isagoge sobre lo mexicano*. Abogado y político, informado y, como los de aquella generación con mucho de autodidacta en filosofía, Garizurieta disiente sobre el "complejo de inferioridad del mexicano".

El pueblo norteamericano tiene un complejo de superioridad y

¹³Las referencias al pensamiento de Ramos se hacen conforme al texto de la reedición de 1972 de *El Perfil del Hombre y la Cultura en México*.

el mexicano, de inferioridad... Nada más falso que este par de conceptos, el mexicano no tiene complejo de inferioridad, el que lo padece es el norteamericano; como ha creado una gran civilización que lo ahoga y lo monstruoso de un mundo de gigantescas maquinarias que lo acorralan, individualmente éstas empequeñecen su espíritu... Su complejo de inferioridad individual se dispara colectivamente para superarse hacia lo grandioso, es decir, de acuerdo con la tesis de Adler, la minusvalía se transforma en el complejo de inferioridad. Buscan por esa circunstancia todo lo que sea grande: se jactan de tener el puente, el río, el barco y hasta el gigante más grande del mundo...

El mexicano no tiene complejo de inferioridad, aunque muchos lo tengan, porque este concepto pertenece al mundo del subconsciente. Inteligente y vivaz por naturaleza, conoce su destino y su miseria; consciente de su persona y de la sociedad en que vive, analiza la pobreza de su mundo espiritual y de la naturaleza que lo rodea en que tiene que luchar y defenderse conscientemente... Conoce su mundo y en él vive... plácidamente extiende su cultura al lugar en que vive y en lo real hay un permanente equilibrio en su esfera económica y su mundo psicológico del sentimiento... No le da por lo grande porque no tiene que superar ninguna inferioridad; realista por excelencia, ve su mundo empequeñecido y se conforma con vestir pulgas o colocar un matrimonio o un entierro en una cáscara de nuez. Si tuviera complejo de inferioridad para superarlo le daría por conquistar Guatemala o liberar a las minorías étnicas de Belice. Al mexicano que le da por lo grande lo ponen en el manicomio...

Sin complejo de inferioridad el mexicano tendrá para Garizurieta un "sentimiento consciente de inferioridad", sentimiento que lo inhibe y modela. *Cantinflas*, en los 40 y 50 es para Garizurieta el típico mexicano (llega a decir "Arquetipo"):

Se ha vestido de los andrajos dejados por otros andrajosos menos andrajosos que él... su sombrero es de nevero, su camisa untada al cuerpo es de dependiente de pulquería, su pantalón de ropavejero, su cinturón de mecapanero... ¡ah! su gabardina una ilusión, un pretender ser fifí, roto, tarzán... su existencia no

representa un fenómeno económico. Rara vez vive del hurto; se alimenta, cuando puede, de comida barata... no tiene domicilio fijo ni vida legal, sus amores son mostrencos o transeúntes... Es realista por excelencia, no es un representante del proletariado... Como nunca trabaja en forma permanente no puede llegar a ser burgués o proletario y se ríe de ellos... no desciende más en la miseria porque no es posible y no sube porque no se le pega la gana... trae auestas una especie de insurgencia militante, un penacho reivindicador de los de abajo, de los que como él sufren y pagan deudas que no han querido adquirir... Cuando se burla lo hace sin envidias porque no es un resentido, critica lo falso, la insolente elegancia, lo extravagante de la sociedad en que vive.¹⁴

El tiempo actual

A treinta años de ese texto, Mario Moreno se presenta elegantemente vestido en la televisión para comprar a "Cantinflas", ya dependiente o vendedor más o menos establecido —ya no *lumpen proletariat*— aunque profundamente escéptico de lo que vende, en el anuncio de una tarjeta de crédito.

Se olvidaron ya la gabardina, el sombrero de nevero, la camisa de ayudante de pulquero, el pantalón de ropavejero, etc. En un diseño ideal, lo que buscaban los modelos de desarrollo económico —el hacer el pastel y después repartirlo a la alemanista, el desarrollo estabilizador, el desarrollo compartido, etc.— ¿se habrán cumplido?, o ¿se habrán multiplicado infinitamente los casos individuales que aquel primer Cantinflas representaba? Creemos que ha ocurrido lo segundo, y que todos ellos se han quedado ciertamente sin vocero o "arquetipo".

En treinta años han escaseado tipos y arquetipos. Coincide esta ausencia con lo que parece ser una crisis casi universal de genios, héroes y santos.

El cine dio, después de los cincuentas, ídolos populares como Pe-

¹⁴César Garizurieta, *Isagoge sobre lo mexicano*, México, 1952.

dro Infante, el muchacho que es en el fondo siempre bueno, trabajador y lucha por superar todas las adversidades. No hay, que sepamos, un héroe sustituto de esa misma importancia.

En la televisión los personajes de las telenovelas parecen moverse más bien por *rating* y otras técnicas de mercado. Se entremezclan en lo que podríamos llamar el subconsciente del público, con *Los ángeles de Charlie*, *Kojak*, etc.

Lo valioso, lo "disvalioso" y lo antivalioso no parecen tener en este momento encarnaciones definidas. Los medios masivos de difusión no se interesan por expresarlas y tal vez ni siquiera en buscarlas.

Algunos acontecimientos recientes hacen pensar en la permanencia de ciertos valores y antivalores, y hacen también evidente la apatía y la búsqueda de ellos.

Contra lo que pudiera haberse creído del movimiento estudiantil de 1968, no surgieron ni héroes ni mártires que encarnasen personalmente un conjunto de valores deseables para la comunidad. Sólo para intelectuales y universitarios quedaría tal vez —en sordina— la antigua figura de José Revueltas. Para muchos otros la del Ingeniero Javier Barros Sierra.

La imagen del Escritor encarnaría más que al héroe de izquierda oficial al luchador siempre pobre, que acabará desechando toda consigna y humanamente cargará sobre sí una culpa total buscando que otros sean exonerados de ella.

El Ingeniero por su parte, sería el universitario y el técnico que acepta la Rectoría como una cruz y sabe cargarla. Difícilmente la imagen del uno y del otro van mucho más allá del campo intelectual y académico.

Otro ejemplo de arquetipos que parecen encarnar deseos y aspiraciones de muchos, pudo haber sido en el campo puramente universitario y político el del Arquitecto Carlos Lazo, creador de una escuela y un estilo gubernamentales.

Mucho más amplia fue la figura de Adolfo López Mateos, un Presidente cuya popularidad rebasó ciertamente los límites normales y polarizó hace veinte años el nacionalismo y la sed de coherencia gubernamental de muchos sectores de la población.

Antes que él, el único indiscutible personaje de primera línea, simpático y popular, había sido durante un cuarto de siglo el Arzobispo Luis María Martínez (+ 1958).

Valores y su jerarquía en México

En lo que los politicólogos personifican ahora como "conciencia nacional" podrían tal vez distinguirse en la actualidad diversos niveles y distintas profundidades en la acción valorativa del mexicano.

Lo indígena, lo mestizo y lo criollo parecen haberse mezclado definitivamente en sus sistemas axiológicos. Alguien ha tratado de trasponer esas realidades etnográficas a realidades económicas; el mundo indígena ha sido sustituido por los económicamente débiles, el mestizo por las clases medias y el criollo por la clase económicamente poderosa. En lo axiológico, la división no ayudaría mucho. De cualquier forma esos valores habrían de manifestarse fundamentalmente en el ámbito de la clase media.

¿Cómo buscarlos? y, sobre todo, ¿cómo clasificarlos? En el hablar común de los hombres de México permanecen aún palabras acuñadas desde hace varios siglos y se valoran positivamente: "es un hombre bueno", "es una mujer buena", pero este sentido se puede rápidamente trastocar, con un simple matiz de voz, en algo más bien despectivo: "es un buen hombre" o "es una buena mujer".

Otra expresión cuyo significado es unívoco, es aquella referida a una persona: "decente". Adjetiva siempre positivamente. A lo "decente" se ha opuesto como disvalor, en lo social: "pelado" (si acaso tuvo algún origen puramente económico, eso ya se ha olvidado) que puede ser sustituido en la actualidad por lo "naco". En lo más profundamente humano, a lo *decente* se opone lo *pinche*, que en su acepción mexicana significa lo ruin, lo mezquino. Se puede ser un archimillonario o un importante político "pinche"; será éste un disvalor profundo de la persona misma en su trato con los otros, que se moverá independientemente de su riqueza, posición social o cultura.

"Ser hombre" o "ser mujer" parecen seguir siendo, en uno u otro caso, valoración positiva en ese mismo orden de las personas. Ambos pueden identificarse con "digno", a lo que se opone "rastrero" o "servil".

En sus relaciones con otros conjuntos, lo religioso (entendido en la relación fundamental de lo católico) continúa siendo valioso para una gran mayoría. La actitud hacia valores como "lo sagrado" toma formas que van desde la adhesión entera y vital —no son los casos más frecuentes— hasta el respeto, y en el extremo ínfimo, hasta la superstición o el sentimiento mágico. En enero del año pasado las mo-

vilizaciones de masas en torno a la visita de Juan Pablo II dan una idea de la extensión y la hondura de ese sentimiento que es una constante en la historia mexicana.

El ser *mexicano* sigue teniendo una valoración ambivalente, pero sigue acentuándose el sentido positivo de la expresión, correlativamente al desequilibrio del mundo internacional.

La idea de *justo* o *injusto* sigue siendo de fundamental importancia para el conjunto de los mexicanos, pero nunca o casi nunca se le relaciona con el mundo legal y oficial. La desconfianza hacia él es de siglos, y también la consideración de que la justicia la compra el que tiene dinero.

Lo justo y lo injusto para el mexicano parece rebasar incluso lo ético y plantearse en el terreno de la virtud cardinal de los teólogos.

Buena parte de la población no considerará injusto el no pagar a quien —persona o institución— le ha vendido caro ("robándome" se dirá a sí mismo) y con altos intereses. Hay aún muchos convencidos del viejo aforismo católico: "Los ricos son los administradores del dinero de los pobres." Hablan ahora de la necesidad de hacerles una auditoría.

Otra actitud valorativa se relaciona al éxito. Al que es listo, al que triunfa, se le califica con el término plurivalente de "chingón"; al que fracasa, por el menos plurivalente de "pendejo". Pero el éxito material o político sería considerado de una jerarquía menor a la de otros valores, que de no poseerse, lo harían difícil y, en caso de lograrse, amargo.

Respecto a los bienes puramente materiales, el mexicano los busca más por necesidad que por convencimiento de que éstos por sí mismos lo harán feliz. No son muchos los que buscarán el dinero por el dinero. Éste sigue teniendo un sentido mágico. Son relativamente pocos los que pueden planear una proyección financiera personal o familiar adecuadas.

Si, como afirma Jorge Santayana, el utilitarismo expresado bajo el signo monetario como garantía de placer es en realidad la auténtica filosofía estadounidense, el estilo de vida norteamericano sólo podría arraigar en México en su exterioridad, pero difícilmente se combinaría con la jerarquía de valores hasta ahora existente.

Por otra parte, en las nuevas generaciones particularmente en los años sesenta y setenta se ha desarrollado, entre universitarios y egresados de educación media, un sistema axiológico muy distinto a lo

que podría ser el *american way of life*. Con independencia de su filiación política más o menos revolucionaria, durante los últimos años la palabra "rico" ha sido sustituida conforme a la filosofía marxista por "burgués" y usada constantemente como un "disvalor". Se habla cada vez más abiertamente de "explotación", "sociedad de consumo", "lucha de clases", "corrupción"...

Arquetipo 1980, retrato hablado

Hablamos en esta reflexión de tipos y arquetipos que se plantearon en la historia del país desde las raíces precortesianas —el hombre maduro que hace coincidir el corazón y el rostro—, de la coexistencia posterior de sistemas axiológicos, de los arquetipos criollos y mestizos del XIX y los posibles arquetipos del XX.

¿Qué valores podría encarnar un arquetipo mexicano en 1980?

Madurez, decencia, seriedad (no reñida con la alegría), sensibilidad a los valores religiosos y estéticos, patriotismo, sentido de justicia, seriedad, eficacia y autosuficiencia; se trataría de un hombre que no fuese ni explotado, ni cómplice de explotación, capaz de comprender a los otros, responsable y digno, incorruptible, y con un gran sentido práctico. Estas serían tal vez algunas de las características.

El conjunto de dichas cualidades no parece estar, por desgracia, tipificado en ningún personaje.

Lo "pinche", lo "corrupto", lo "pendejo", lo explotador, lo manipulador, lo insincero, lo "vendido", lo rastro, lo falso, serían los "disvalores" frente a aquel arquetipo, que parece desprenderse lógicamente de lo que podría llamarse la historia de las concepciones del hombre en México.

¿De qué manera esa *areté* (conjunto de cualidades, virtudes, valores de polaridad positiva que se transmite de una generación a otra) está siendo recibida por la generación más nueva?

De la respuesta a esa pregunta dependería en todo caso la respuesta a la cuestión planteada sobre los valores y disvalores en México hacia fines de la década de los ochenta.

Si se confiase en el solo dato cuantitativo —los periódicos de mayor circulación, los programas de mayor auditorio— un axiólogo sería pesimista.